

como usted, ha sabido conquistar justo renombre en el mundo literario.

»Felicito á usted por el alto honor que se le ha dispensado, y le reitero las seguridades de mi consideración y personal aprecio.—*Mariscal.*»

Tal es el poeta que lo mismo en verso que en prosa ha conquistado envidiables triunfos, y cuyas son las producciones que forman este libro.

¿Para qué hemos de citar otros gloriosos timbres de su carrera?

Que sean estas páginas agradables á nuestros favorecedores, y quedaremos satisfechos de haberlas publicado.

Los Editores.



La Respuesta de Dios.

Cómo me encanta conversar con los niños! Tienen ingenuidades y candores que muchas veces hacen reir, y no pocas sacan lágrimas!

Hace varias noches, Laurita, la pequeñuela de diez años, tan fresca y tan bella que, como dicen en Sevilla, parece una rosa que anda, me contaba lo siguiente, que no he podido olvidar y hoy se me ha puesto en las mientes escribirlo:

A mi amiguita Lola, que tiene mi misma edad, más ó menos, se le murieron sus padres, que la mantenían con su trabajo, y se ha quedado viviendo con su abuelita, que ya no puede andar de puro vieja, ni se le entiende lo que habla, pues le faltan todos los dientes.

Pasan unas pobreza tan grandes la viejecita y la niña, que hay unos días en que se desayunan por la tarde, y otros en que sólo

toman un pedazo de pan y un vaso de agua.

A la pobre Lolita la enviaron antes de ayer con un recado á la casa de la lavandera, y se encontró tirada en medio de la calle una estampilla del correo de cinco centavos, limpia y nuevecita. ¿Y qué piensas que hizo? Me pidió un pliego de papel y un sobre, y escribió una carta á Dios.

—¿A Dios?

—Sí, á Dios el del cielo, diciéndole que ella y su abuelita no tenían qué comer, ni ropa que ponerse, ni cama en que dormir, ni gentes que las ayudaran, y que por más que ella rezaba todos los días el Padre Nuestro, nunca tenía pan y se veía obligada á escribirsele á Dios que lo da todo, para que se acordara de ella, pues él era lo único que le quedaba en el mundo.

Cerró la carta, le puso en el sobre «A Dios Nuestro Señor.—En el Cielo», y llena de fe y de confianza fué á depositarla en el buzón de la esquina.

Llegó la hora de la colecta de la tarde, y el viejo cartero abrió aquel buzón y recogió la correspondencia. Revisando las cartas tropezó con la de la niña, y no quería dar crédito á lo que decía aquel sobre. «Será de algún loco», se dijo, y lo abrió con curiosidad y se puso á leer el contenido.

Las letras como patas de moscas, los numerosos disparates ortográficos, los renglones torcidos, le convencieron de que era una niña la autora, y más cuando leyó la siguiente postdata: «Contéstame, Dios mío, á la calle de la Flor, número 4, tercer patio, cuarto número 2, queya tengo mucha hambre, pues hoy no he comido».

El cartero era un honrado padre de familia, tenía hijos y nietos; se le llenaron de lágrimas los ojos; se llevó la carta y se fué á leerla con interés á los de su mismo oficio, á la hora en que están reunidos en su departamento para distribuir la correspondencia de la ciudad.

Conmoviéronse casi todos, y á alguno de ellos le ocurrió la idea de abrir desde luego una suscripción para socorrer á la chiquilla, invitando para esa obra de caridad á algunos de los empleados superiores.

El éxito fué brillante; se reunieron cerca de veinte pesos. El cartero los puso en una bolsita de dril, y á la mañana siguiente se presentó antes de las siete en el número 4 de la calle de la Flor, tercer patio, cuarto número 2, y preguntó:

—¿Aquí vive la niña Lolita X?

—Yo soy, yo soy. Salió gritando una chiquela descoloridita y enfermucha.

—Pues aquí le traigo esto—dijo el cartero entregándole la bolsa.

—¿Y qué es esto?

—Esto—respondió conmovido el viejo—es la respuesta de Dios.

El asalto á Chapultepec en 1847.

Los héroes que viven.—Un relato
auténtico.

DE los heróicos alumnos que con tanta gloria defendieron el Castillo de Chapultepec en 1847, viven actualmente el General Ignacio de la Peza, entonces de catorce años, Subteniente del 60 de Infantería, agregado al Colegio militar, de donde, en su calidad de alumno no había llegado á salir por ningún motivo; el Sr. D. Antonio Sola, entonces de trece años, cabo de la 2.^a compañía y cabo de cuarto á la hora del asalto; el Sr. D. Ignacio Molina, entonces de diecinueve años, sargento 1.^o de la 1.^a compañía; el Sr. D. Santiago Hernández, entonces de dieciocho años, alumno de la 1.^a compañía; el Sr. D. Vicente Herrera, entonces de dieciséis años, alumno de la 2.^a compañía, y el Sr. D. Cástulo García, entonces de dieciocho años, alumno de la 1.^a compañía.

Cada uno de ellos guarda vivo el recuerdo de aquella jornada y el de sus compañeros muertos en el cumplimiento de su deber.

En el Colegio Militar están las estatuas de Juan B. Ezcútia, Agustín Melgar, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca y Vicente Suárez.

Cada uno de ellos tiene en el Escalafón general del Ejército y Armada Nacionales, en la relación por antigüedad de los Subtenientes de infantería permanente, esta hermosa nota:

«Siendo alumno del Colegio Militar, sucumbió por salvar á su patria en la Toma de Chapultepec».

Los alumnos, desde seis días antes del asalto, habían sido separados de sus departamentos de estudios y ejercicios, y los trasladaron al mirador, lugar en que hoy están las habitaciones del Presidente de la República, y por aquellos días la del Director del Colegio.

El día 8 de Septiembre, los alumnos fueron espectadores de la sangrienta batalla de Molino del Rey, en que sucumbieron Peñurí y Balderas, y donde el General Miguel María Echegaray, que había sido Capitán de la 1.^a compañía del Colegio Militar, hizo prodigios de valor con el tercer ligero de infantería.

El 12 del mismo mes, el Colegio Militar,

como la pequeña guarnición que había en el castillo, resistió desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche, un bombardeo nutrido y formidable.

En ese día murieron Juan Cano, Coronel de ingenieros, el General León de Oaxaca, y otros valientes patriotas.

El 13, á las seis de la mañana, comenzó el fuego de cañón, con baterías que tenían situadas los norteamericanos en el asoleadero de la hacienda de la Condesa, indicando con la formación de sus columnas de infantería sus propósitos de asaltar el castillo.

En efecto, á las siete de la mañana, comenzaron á desprenderse en columnas de ataque, penetrando al bosque por el Molino del Rey, y siendo ayudadas por las que venían por el camino real de Tacubaya que, en honor de la verdad, fueron las que sufrieron mayores perjuicios, por haberse encontrado con la tenaz resistencia que les opuso en las trincheras, en forma de flechas, defendidas, donde hoy se encuentra la estación de los ferrocarriles del distrito, por el batallón de San Blas al mando del valiente coronel Xicotencatl.

Xicotencatl, como todos lo saben, murió con catorce heridas en el cuerpo y envuelto en la bandera del batallón de San Blas.

En aquellos momentos se vió llegar hasta las trincheras citadas una gran masa del pueblo, capitaneados por un fraile vestido de sotana, y llevando en la mano un estandarte con la Virgen de Guadalupe. Esa masa del pueblo se apoderó de las trincheras é hizo nutrido fuego sobre los norteamericanos, quienes, en mayor número, los desalojaron de sus posiciones y penetraron en seguida al bosque.

Las columnas que penetraron al bosque por el Molino del Rey, subieron por el lado Poniente del Cerro á lo que se llama «Caballero Alto», defendido por unos cuantos soldados del batallón de Mina, que se sacrificaron sin éxito.



Al ver el general Monterde, director del Colegio, que los americanos invadían el bosque por el lado que cubriera antes el batallón de San Blas, indicó al general D. Nicolás Bravo que los alumnos bajasen inmediatamente para defender la puerta en peligro, pero éstos estaban mandados por un capitán modelo de pundonor, de patriotismo y de bravura, llamado Domingo de Alvarado, que

no sólo no obedeció esta orden, sino que mandó á los alumnos que hicieran fuego sobre los invasores, que ya venían penetrando al bosque por la puerta que habían disputado al batallón de San Blas.

Mandarón nueva orden de que bajaran los alumnos, y el capitán Alvarado, sin hacer caso, les ordenó que armaran las bayonetas para combatir cuerpo á cuerpo al enemigo, que desde que se adueñó del «Caballero Alto», tomó posesión de todo el edificio, situándose en la azotea del mirador, lugar donde hoy existe un jardín.

Entonces se recibió con otro ayudante nueva orden de que los alumnos bajaran y Alvarado tuvo que cumplirla.

Los alumnos, al descender, se encontraron en medio de dos fuegos; el que sobre sus cabezas hacían los americanos que habían tomado posesión de la azotea del mirador, y el de las columnas americanas que habían penetrado al bosque por una de sus puertas.

Así se explica que Ezcutia, Suárez y Montes de Oca hayan muerto sobre el cerro, y que Romero, Mellado y Pérez de León hayan sido heridos lejos de ese punto.

Un caso curioso: Mellado, con el calor sofocante del día, con las fatigas de la batalla, con la emoción terrible del suceso estaba ja-

deante, y ávido de sentir frescura, dejó la lengua fuera de la boca y una bala le arrancó la parte extrema.

Así le llevaron desangrándose á la Biblioteca del Colegio, convertida después en prisión de los jefes y de los alumnos, donde también llevaron á Romero y á Pérez de León, heridos ambos de un brazo.

Agustín Melgar, en la plena fuerza de la primera juventud, tenía dieciocho años, no bajó con los demás alumnos, sino que permaneció en el mirador en compañía de Ignacio Molina, en los momentos en que los norteamericanos bajaban de la azotea por una escalera interior que allí existía entonces.

Preparando su fusil y disparándolo sobre los primeros soldados norteamericanos que bajaron al mirador, enardeció en su contra el ánimo de los invasores que le persiguieron hasta la pieza inmediata, y allí, á boca de jarro, le dispararan varios tiros, atravesándole el brazo izquierdo y la pierna derecha, y no contentos con esto, le dieron dos heridas de bayoneta en los costados.

Dejaron á Melgar como muerto y tomaron prisionero á su compañero Ignacio Molina.



En el bosque, cerca de la puerta, en lo que se llamó «Jardín Botánico» hicieron prisioneros á los demás alumnos y los subieron bien escoltados á la Biblioteca, donde se encontraron con Molina, que les refirió el episodio de su heróico compañero Melgar.

Pasado el medio día, algunos alumnos, Ignacio de la Peza, Antonio Sola, Miguel Miramón y algún otro, valiéndose de un irlandés que hablaba castellano, consiguieron permiso para ir al mirador á ver si Melgar vivía aún.

Le encontraron vivo y se lo llevaron á la pieza inmediata de la Biblioteca, convertida en hospital de sangre, y colocándolo sobre un tosco banco de cama, los médicos le amputaron la pierna y el brazo.

El resultado fué funesto: Melgar murió antes de la media noche del 13.

Muchos cuentan que Melgar murió estando de centinela. Eso, como se ve, es inexacto. Quien murió de centinela fué Vicente Suárez, que resguardaba la ventana del mirador que daba al Norte (frente al rancho de Anzures).



Enorgullece á la Nación contar en su historia con héroes-niños. Hoy se conmemoran sus hazañas. Lo anterior me ha sido referido por un testigo ocular, honrado, veraz y lleno de méritos. Como en la lista de los que aún viven de aquel tiempo figura el nombre del general Peza, á quien amo y respeto como á un hermano, me apresuro á manifestar que no es él quien me ha dado estos datos, ni sabe acaso que los poseo tan exactos.

Estas hazañas sirvan de ejemplo á la juventud militar que hoy se honra portando el uniforme del colegio heróico que asombró á propios y extraños en 1847.

Los niños de 1847, los alumnos de aquella época, que fueron hechos prisioneros y que aún viven, conservando como un fuego sagrado el recuerdo de la unión fraternal y de patriotismo juvenil que animó sus corazones, se citan desde hace más de veinticinco años cada 13 de Septiembre para comer juntos y hacer memoria de los sucesos que forman los timbres más gloriosos de su historia.

En ese fraternal banquete aparece una botella cerrada y lacrada, certificada legalmente por un inolvidable compañero de Colegio y después reputado notario, D. Ignacio Burgoa, y cuyo contenido lo han de apurar en memo-

ria de todos, los últimos dos que queden vivos.

Esa reunión comenzó con 28 y hoy sólo quedan 6.

El día que se abra y se vierta el vino en dos vasos, será porque de los heróicos niños defensores del Castillo, sólo quedará una pareja.

—¡Centinela!—gritará el uno.

—Alerta—contestará el otro.

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?

—¡La tumba al frente! Y cuadrándose delante de la eternidad saludarán á todos sus camaradas, que duermen llorados por sus deudos, pero amados y bendecidos por la Patria.

Un beso sagrado.

LA noche en que la compañía dramática del inolvidable y eminente actor español don José Valero estrenó el drama *El pasado*, todos los amigos de Manuel Acuña estábamos orgullosos con su triunfo.

Acuña recibió varias coronas, escuchó sentidos versos de Cuenca, y fueron muchos conocidos y desconocidos á abrazarle entre bastidores.

El maestro Altamirano, á quien Valero respetaba y quería mucho, se entusiasmó tanto, que en un breve y bellissimo discurso felicitó al poeta laureado, comparándolo con Emilio de Girardin, y le regaló una pluma de oro.

Javier Santa María, Agustín F. Cuenca, Francisco Ortiz, Miguel Portillo, Vicente Fuentes y otros que no es preciso citar, estaban locos de gusto y abrazaban y volvían á abrazar á su hermano victorioso, con los ojos

llenos de lágrimas y con los corazones llenos de alegría.

¡Costó tanto trabajo lograr que se representara aquel drama!

El autor era tan querido de todos y tan merecedor de un triunfo, que los aplausos atronadores con que le llamaban á la escena pertenecían á todos los que le amábamos, y nos repartíamos su felidad por partes iguales.

Además, la compañía dramática rayaba á tanta altura por su *elenco* y por su director, que era el primer actor de España, que fué raro que aceptase la primera obra de un joven mexicano, de un estudiante humilde, pobre y hasta entonces desconocido.

La ovación fué inmensa, mucho más de lo que nos esperábamos, y al terminarse la obra, después de las felicitaciones, Acuña se quedó sentado en el cuarto de don José Valero, con varias coronas en una mano, el sombrero en la otra y con la cabeza inclinada en actitud pensativa y triste.

—¿Qué tiene el poeta? ¿No le han conformedo los triunfos de esta noche? ¿No está contento de los intérpretes de su obra?—preguntó don José en tono sentencioso é intencionado.

—Me falta algo—repuso Acuña.

—Pues es mucho ambicionar—agregó Juan

Reig, el arrogante galán joven mimado del público—, todos han venido á abrazarle y le han llovido laureles y aplausos.

—Hubiera yo preferido á eso algo que para mí vale más que todo.

—¿Qué es ello?—preguntó don José.

—Lo que ambicionado hace muchos años: ¡un beso de mi madre!

—Tiene razón — dijo una dama elegante que en esos momentos entraba en el cuarto; —tiene razón el pobrecito; pero es que no sabe que un espíritu invisible me dijo de parte de esa madre ausente, que yo la representara en estos momentos solemnes. Créalo usted, Acuña: su buena madre tiene un intérprete, una mensajera fiel y aquí está de su parte.

Y así diciendo, se inclinó y besó la frente al poeta.

Acuña se puso á llorar conmovido.

Aquella mujer, gran artista, amada del público mexicano, distinguida con noble cariño por nuestros literatos, insigne actriz que conquistaba los corazones con su bondad y con su genio, era Salvadora Cairón.



El traje para leer versos.

A principios del año de 1867 salía de Veracruz, rumbo á Europa, un vapor francés conduciendo á varios personajes que culminaron en el ya vacilante imperio de Maximiliano.

Iba entre ellos mi inolvidable padre que, fiel á sus principios políticos, creyó de buena fe que la monarquía y la inmigración europea salvarían al país de muchos desastres en lo futuro.

Y no sé si desengañado ó sin voluntad para continuar en el Gobierno, pues yo aún no cumplía quince años y nada entendía de política, optó por irse al extranjero.

De lo que no tengo duda es de que, tanto sus amigos como sus más encarnizados enemigos, aplaudieron su honradez sin tacha, única herencia que legó á sus hijos.

Estaba en los comienzos de aquel destierro, que duró más de ocho años, cuando se

efectuó el drama de Querétaro, y mi madre y nosotros, tres hermanos, quedamos en la mayor pobreza.

Para vivir se fueron vendiendo todos los objetos de la casa, que desde que nací miré siempre, si no opulenta, dotada de cuanto exige el buen parecer á una familia bien relacionada y de limpia cuna.

Yo, que fuí liberal desde que tuve uso de razón y que admiraba y quería á Juárez, obtuve de ese grande hombre una beca, entré á la Escuela preparatoria, comencé á escribir versos y llegó un 15 de Septiembre en que, elegido por mis camaradas de colegio, tenía que ir á leer al Teatro Nacional una poesía, que á la postre resultó disparatada y llena de figurones imposibles.

Desde que me nombraron para leerla, me preocupé, como todos los pobres, con la adquisición de un traje para presentarme en la tribuna.

Hablé con mi madre, y ella, triste pero ansiosa de complacerme, me ofreció que realizaría mi deseo; y en efecto, la víspera de la gran fiesta nacional, ya estaba en mi poder un traje de buen paño de color azul oscuro.

No disimulé mi alegría; pero al mismo tiempo dije á mi madre:

—Habría preferido que me lo hubieran hecho negro.

—No era posible — me respondió —, ya te contaré á tiempo esa historia.

El 16 de Septiembre desperté satisfecho de los primeros aplausos que había recibido en el teatro la noche anterior, y hablé de todas las peripecias ocurridas en el desempeño de mi comisión poética, delante de mis hermanos, á la hora de la comida.

Mi madre lloraba.

—¿No estás contenta?—le pregunté.

—Sí, muy contenta; pero lloro porque veo lo que es la vida. La víspera de que tu padre saliera de México, me dijo: «lo primero que hay que vender son los caballos y el coche». Encontré quien me los comprara, y dos semanas después recibía de la sastrería de Mivelle las dos libreas, la del cochero y la del lacayo, que ya habían sido pagadas anteriormente. Eran inútiles y estaban flamantes, y me conformé con guardarlas. ¿Quién había de comprarlas? Eran levita, chaleco y pantalón, de color azul oscuro, con botones dorados.

De una de ellas, achicándola el sastre, he mandado hacer el traje con que has ido anoche á leer tus versos; por eso es azul oscuro, y por eso lloro, porque de una librea del cochero ha salido tu traje de ceremonia.

—¿Y qué importa, madre mía?

—Es verdad, ¿qué importa?; muchos años tus trajes usados, pero en buen estado, vistieron á varios niños pobres, y hoy he tenido que vestirte de lo que se destinaba á la servidumbre.

¡Así es la vida! No te envanezcas nunca por lo que tengas, ni te entristezcas cuando lo pierdas; sólo las virtudes constituyen el tesoro que se debe de conservar siempre; y el libro de Job enseña mucho; léelo, hijo mío.

Un naufragio inolvidable.

LA tarde era lluviosa y soplabá el viento sutil y helado del Guadarrama, que azotaba como con pedazos de vidrio el rostro de cada transeunte por las calles de Madrid.

Privaba Enero en todo su glacial esplendor; había nevado mucho, y los reyes de piedra que decoran el Retiro, lucían penachos y mantos caprichosos, formados por los copos con que por varias horas consecutivas les obsequiara el cielo.

¿Qué importa un invierno crudo para los que tienen con qué combatirlo?

Recepciones y bailes en los palacios de la aristocracia: Gayarre cantando *Favorita* en el Real; Calvo y Vico resucitando la edad de oro del arte dramático en el Español; Zamaois cautivando con sus chistes en el de la Comedia; tiples de buena voz y mejores formas en el de Jovellanos; la Ristori asombrando con su maravilloso genio en el de Apolo;

muchos chicos de gran vis cómica en Eslava...; pero no acabaría nunca; por todas partes alegría, ruido, placeres sin tregua, y la nieve cayendo sobre los pobres, que desde niños aprenden á soportarla resignados.

Yo enfrente de una chimenea, en la cual, según la gráfica frase del poeta, «chisporroteaba el tuero», escribía en la Legación las últimas notas que había de traer á México el vapor francés, y que debían ser depositadas en la Dirección general de Correos antes de las nueve de la noche.

El general Corona firmaba sus cartas particulares; el Dr. Híjar y Haro revisaba minuciosamente el índice de la correspondencia que remitíamos á la Secretaría de Relaciones Exteriores, y Enrique de Olavarría arreglaba algunos papeles en la biblioteca.

De pronto, el criado de la Legación, pálido y trémulo, entró á nuestro departamento, y con voz que denunciaba su agitación nerviosa, dijo al general:

—Un mexicano en desgracia desea hablar con vucencia.

—Que pase en seguida.

En menos que canta un gallo vimos entrar á un hombre que, llorando á lágrima viva y exhalando desgarradores sollozos, se arrodilló delante del general Corona, que se había

puesto de pie para recibirlo, y le abrazó las piernas.

—¿Qué le pasa á usted? ¿Qué tiene? ¿Quién es? ¿En qué podemos servirle?

El desconocido lloraba, sollozaba, gemía como si fuera presa del más intenso dolor humano, y no podía articular palabra.

—Que traigan un vaso de agua con un poco de vino...

Corrió el criado á cumplir con la orden; el doctor Híjar se acercó á contemplar al recién llegado, y Olavarría y yo estábamos mudos de sorpresa.

El hombre aquel, después de serenarse y cuando se vió rodeado de todos los hombres de la Legación y de casi todas las personas de la casa, dijo entre sollozos:

—Venía yo de México, con mi esposa y mi hija; traía bastante dinero ahorrado en varios años de trabajo para vivir tranquilo en esta tierra, y después de sufrir recios temporales entre las Canarias y la Coruña, una noche....

Aquí el desconocido volvió á llorar, á sollozar y á desesperarse.

Se le dió un trago de agua; le consolamos y continuó con voz desgarradora:

—Una noche, en ese mar Cantábrico, que ha hecho tantas víctimas, estaba yo sobre la cubierta del barco, y de pronto me sentí den-

tro del agua, y no supe más de mí, porque se me llenaron los ojos, las orejas, las narices y la boca de un líquido salado, corrosivo, horrible, y me ahogué..... juro á ustedes por Dios..... que me ahogué y que morí sin acordarme de nada ni de nadie.

Volví á la vida encontrándome en un bote atracado á la costa y me ví rodeado de marineros.

—¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde están?—pregunté á un marinero que me ofrecía un vaso lleno de aguardiente.

—Nuestro buque se hundió con todo cuanto traía y sólo nosotros hemos podido salvarnos para contar el caso..... ¡ea!..... ¡arriba!..., aquí está la Comisión de Auxilios de Santoña y ella se encargará de nosotros..... ¡arriba!.....

Hecho un imbécil, sin darme cuenta de lo que sucedía, sin querer dar crédito á aquellas palabras, intenté levantarme, pero era imposible..... por boca, narices y orejas me salían chorros de agua; tenía yo la ropa pegada al cuerpo y sentía en el alma un dolor profundo, inconcebible, inexplicable. Era yo el más infeliz de la tierra; todo lo que tenía para vivir tranquilo estaba en el fondo de aquel mar encrespado y horrible. ¿Para qué había yo salido de mi patria? ¿Para qué traje conmigo á aquellos seres tan buenos y tan dichosos?

¿Para qué, en fin, me volvía Dios la vida, si nada grato me quedaba en el mundo?

Y el hombre volvió á llorar, gritando desesperado, presa de angustia suprema.

Los que presenciábamos la escena, sabíamos por la prensa los constantes naufragios que se habían sucedido en el mar Cantábrico; se nos había pedido un óbolo para auxiliar á las familias, y cada día recibíamos noticia de que los españoles residentes en América organizaban comités para reunir dinero y socorrer tan gran desgracia.

Todos nos apresuramos á aliviar á aquel compatriota; le alentamos, le dijimos cuanto nos salía del alma en aquellos momentos, y el General Corona le aseguró que lo volvería á México, dándole entretanto los medios para vivir en Madrid honestamente.

Había una circunstancia: el General había conocido á aquel hombre en Tepic, en la época de su mayor prosperidad como comerciante.

Se le atendió desde luego; el General nos deluvo á todos para que le acompañáramos á la mesa, en la cual el náufrago ocupó un asiento de preferencia.

Allí continuó relatándonos sus dichas pasadas y sus infortunios presentes; nos describió sus sencillas costumbres en México, nos

habló de su mujer y de su hija, á la cual amaba entrañablemente, y hay que confesarlo: todos comimos un pan empapado en lágrimas.

Siempre duele la desgracia ajena, pero en aquel caso, tratándose de un compatriota, con los detalles que he descrito, nuestro dolor era como propio y muy intenso.

Creo que ninguno de nosotros pudo dormir bien esa noche; yo soñé un mar tempestuoso, un buque que se hundía, y hasta creí ver á mis más amados seres demandando misericordia entre las olas.

.....

No se decepcione el lector. Aquel hombre fué pródigamente socorrido con una buena cantidad que el General puso en sus manos; se despidió de todos llorando y prometiéndole que no volvería á salir de México y que nunca se borrarían de su corazón nuestros nombres.

A los pocos días, mi amigo el Coronel Agustín Lozano, que era nuestro cónsul en Santander, nos participó que la policía había metido en la cárcel á un ebrio, consuetudinario, de nacionalidad mexicana, que durante varios meses había estado escandalizando en las tabernas y que era un jugador y un reñidor peligroso é incorregible.

El jefe de la policía consultaba á la Legación, porque el reo era mexicano, tomar una medida de las más enérgicas, en vista de sus faltas graves y repetidas.

Aquel reo era el náufrago que nos sorprendió conmoviendo nuestros corazones, y que, en efecto, se ahogaba desde muchos meses antes, sin que lo supiéramos, en el encrespado mar de los más repugnantes vicios.



Una rica fembra.

LEGAMOS de paseo á la ciudad de Guadalajara (en España) y habíamos hablado de las ciudades que con ella ocupan los puntos cardinales de la provincia: Sigüenza, notable por sus dignidades eclesiásticas; Molina, cuyo nombre usaban los Reyes cuando viajaban de incógnito, y Brihuega, teatro de luchas sangrientas.

Bien instalados, nos fuimos á visitar la puerta de Bejanque y después el palacio del Duque del Infantado, cuya portada es admirable, y que tiene un salón de cazadores cuyos detalles del friso son una maravilla del arte.

Cruzábamos el admirable patio de dicho palacio, cuando á uno de nuestros acompañantes le ocurrió preguntarme:

—¿Conoce usted la historia de la rica fembra de Guadalajara?

—No, señor; no la he oído nunca.

—Pues óigala usted, porque es curiosa:

El hijo mayor del Maestre de Santiago, D. Alonso Enríquez, sobrino carnal del Rey D. Enrique II, se enamoró de doña Juana de Mendoza, nacida en Guadalajara el año de 1352. Era muy hermosa, muy rica y quedó viuda á los cuatro años de casada con el Adelantado mayor de Castilla, D. Diego Gómez Manrique de Lara, que murió en la batalla de Aljubarrota, al lado de D. Pedro González de Mendoza, señor de Hita y Buitrago.

De ese D. Pedro era hija doña Juana y era su hermano D. Diego, Almirante de Castilla, que sucedió en los señoríos á su padre don Pedro.

Cierto día, D. Alonso, prendado de los hechizos de la bellísima doña Juana, se le presentó disfrazado de paje del mismo, solicitando de ella aceptase por marido á D. Alonso, y escudándose con una carta en que el Rey D. Enrique II le recomendaba por sus cualidades.

Enfadóse la dama de que el Rey tratara de mezclarse en asuntos que no le interesaban, y cuando escuchó al paje una relación en que le describía con vivísimos colores la pasión de D. Alonso, le dijo:

—Calla, criado; ¿crees tú que yo me decidiera á contraer nupcias con el hijo de una judía?